

# «ESTRUCTURA DEL SUJETO Y LAZO SOCIAL CONTEMPORÁNEO»

---



© Carlos Jacanamijoy. Vienen con los vientos de un recuerdo. Óleo, 1999, 110 x 120 cm.



© Carlos Jacanamijoy. *Árbol*. Óleo. 1999. 169,5 x 200 cm.

# Editorial

---

Esta nueva edición de la revista *Desde el Jardín de Freud* convocó a una reflexión sobre el crucial asunto del malestar contemporáneo, en la perspectiva de situar sus elementos constituyentes, tanto en el ámbito del lazo social que predomina, como en relación con los efectos sobre el sujeto que se aloja en él. El tema no es una novedad, tal como puede constatarse en la enorme producción de publicaciones psicoanalíticas al respecto en las más diversas latitudes, así como en nuestro propio recorrido en el curso de las sucesivas ediciones de la revista, si bien cada número monográfico que se ocupó del asunto lo abordó a la luz de su particularidad.

Ahora bien, más allá de la perspectiva propiamente psicoanalítica, y a juzgar por la profusión de valiosas contribuciones de pensadores y artistas de nuestro tiempo, el tema se inscribe ya en la tradición de crítica social y cultural del conjunto de las disciplinas sociales y humanas y de las artes en general, desde bien entrada la segunda mitad del siglo pasado. Dadas, pues, su pertinencia y actualidad y, al mismo tiempo, la insistencia con la que vuelve en nuestras reflexiones, consideramos oportuno delimitar el campo temático con el fin de destacar en esta edición una particularidad: la que toca al cruce entre la estructura del sujeto y el lazo social contemporáneo. Dicha delimitación, decisiva para la reflexión de los psicoanalistas, permitió también la participación de algunos autores que aportaron a la reflexión desde sus propias disciplinas y áreas de interés.

Como es sabido, la articulación sujeto-lazo social encuentra sus antecedentes en el propio Freud. De hecho, fue en el neurótico de su tiempo, en quien Freud advirtió la condición del hombre moderno, desgarrado entre lo ineducable de la pulsión y las exigencias culturales sostenidas por el ideal civilizador. De ese antagonismo Freud dedujo justamente *los caminos de formación de los síntomas*: soportados como están, tanto en las trazas del discurso del Otro, que fundan el inconsciente del sujeto, como en la norma del Otro social, los síntomas neuróticos revelan así su doble dimensión, histórica y de estructura.

En acuerdo con Freud, Lacan indicó que la condición de posibilidad de la sociedad reposaba en la represión del goce que el neurótico paga con... su neurosis.

Ahora bien, si seguimos las articulaciones fundamentales de la estructura del sujeto en la clínica freudiana, todavía podemos citar la psicosis paranoica como salida a la encrucijada de una época, en cuyo caso el sujeto, en esta ocasión el paranoico, le disputa al amo su predominio mediante una construcción delirante que sustituye la cosmovisión admitida socialmente por otra en la que encuentra sentido su lugar en el mundo y su relación con el Otro.

Así las cosas, podemos decir que, históricamente, los sujetos se las han arreglado para sortear el mandato cultural y también su contraparte necesaria, el mandato de la conciencia moral. Dicho en otros términos, se las han arreglado con el goce. Justamente, la noción de discurso acuñada por Lacan da cuenta de la forma como las sociedades pusieron a prueba distintas modalidades de “tratamiento del goce”, todas ellas girando en torno a la renuncia, ya inscrita por Freud en términos de castración, como condición de la articulación discursiva misma, por lo tanto, del lazo social.

Se entiende entonces que los discursos —del amo, de la histórica, de la universidad y del analista— están contruidos en referencia a lo imposible del reencuentro del sujeto con el goce, cuya pérdida le ha sido exigida en el paso del estatuto de puro viviente a la *condición humana*. Este imposible soporta no solo la armazón del discurso y sus modalidades, sino la estructura del sujeto tal como lo pensamos con Lacan: un sujeto dividido, atravesado por la castración, cuya falta de goce es condición de su deseo. Que tanto el sujeto como el lazo social se constituyan en relación con este imposible nos permitirá sopesar las consecuencias, sobre el sujeto y sobre el lazo, de las modificaciones del discurso en el mundo contemporáneo. Porque, de hecho, en la actualidad se asiste a la propuesta de una modalidad de tratamiento del goce, cuya novedad reside en abolir la imposibilidad mediante la oferta al sujeto del objeto de consumo que pudiese completarlo con su goce, a lo que se agrega —el utilitarismo obliga— un imperativo de goce. Se trata del discurso capitalista, a cuyo sostén han contribuido por igual la ciencia, en su versión contemporánea de tecnociencia, y la economía neoliberal. Algunas de sus consecuencias sobre el sujeto y sobre el lazo fueron avistadas por varios de los autores que respondieron a la convocatoria, y es así como en las páginas de la revista hacen presencia reflexiones sobre ciertos fenómenos contemporáneos, al parecer dispares entre sí, porque si de un lado se presentan de manera un tanto insidiosa, otros, en cambio, se manifiestan bajo la forma del exceso.

Ahora bien, si alguna implicación del discurso capitalista nos resultaba indispensable destacar en la convocatoria, esta tiene que ver con el rechazo de la castración al que induce. Porque si lo rechazado es tanto la falta del sujeto como lo irreductible de su división ¿ello no amenaza la existencia misma del sujeto del inconsciente? ¿Nos encontramos entonces en presencia de un *neo-sujeto* afectado por *nuevos síntomas* o

de un sujeto que responde a una “nueva economía psíquica”, como en efecto se ha sostenido? Después de varios años de su formulación, nos parecía pertinente intentar algún balance de estas tesis. Así, por ejemplo, ¿cómo estimar el hecho de que el sujeto implicado en ellas —un sujeto separado de su inconsciente—, cuya falta se estima en función de lo que puede ser completado, afectado entonces por la frustración —y no por la castración— sea el mismo individuo que promueve la economía de mercado? ¿Cuál es entonces el sujeto en cuestión? Aun reconociendo que los efectos colectivos del discurso tienen su contraparte ineludible en efectos subjetivos singulares ¿no resulta demasiado riesgoso prejuzgar que estos participan del movimiento general de sometimiento al discurso contemporáneo? ¿Habría otra alternativa, por ejemplo, pensar que ellos constituyen más bien una protesta, una objeción? Entre una cosa y otra se juega no ya el porvenir, sino la actualidad del psicoanálisis...

En este punto se nos planteaba una reflexión crucial en los desarrollos que la convocatoria proponía, relativa en últimas a los asuntos de la constitución misma del sujeto. No hay sujeto sin el Otro, pero tampoco lo habría si le fuera impuesta una total sumisión al Otro. La separación entre el Otro y el sujeto, y entre el discurso imperante y el sujeto, resulta decisiva para no caer en la convicción determinista de la ciencia contemporánea que, sostenida en el saber “objetivo”, elude la causa y rechaza el inconsciente. La fórmula lacaniana que dice “el derecho no es el deber” tiene un alcance subversivo en cuanto indica un margen de libertad para el sujeto, quien no tendría que asumir como un deber el derecho al goce que el discurso promueve. La singularidad y la indeterminación son el fundamento del acto del sujeto... ¿no vale esto, a su manera, para el acto del psicoanalista?

Y, sin embargo, según lo constatamos, es un hecho que “el estado actual de la cultura”, para decirlo en términos freudianos, no ofrece las condiciones propicias para la solución neurótica de las sin salidas del sujeto “posmoderno”, de quien podemos decir que paga con el retorno del goce el precio del rechazo de la castración, lo que se manifiesta en distintos fenómenos tanto subjetivos como del lazo con el que este sujeto se liga a lo social.

En lo relativo a su presentación subjetiva algunos han diagnosticado este malestar contemporáneo con designaciones tales como *perversión generalizada* y *psicosis ordinaria*, cada una de las cuales busca describir en el campo nosográfico clásico —que Freud ordenó en torno a la castración— “los efectos deletéreos que da al discurso del amo su estilo capitalista”, como decía Lacan. En un caso, la perversión generalizada sugiere el imperio del goce sobre el deseo como resultado de la decadencia de la función paterna y de la consecuente de-simbolización; en el otro, bajo los auspicios de la inexistencia del Otro, la psicosis ordinaria implica la

supresión de la diferencia entre neurosis y psicosis para otorgarle prevalencia a los modos de goce, cuya apreciación no requiere, en efecto, del principio de continuidad que implica la distinción de las clases.

Sobre la base de un reconocimiento del compromiso de los autores para aportar en la perspectiva psicoanalítica una lectura de la contemporaneidad en la que los sujetos no parecen tener otra opción que inscribirse, nos preguntábamos por el devenir de estas formulaciones diagnósticas, las cuales, a lo largo de los últimos años, han soportado la crítica ideológica y la elucidación epistemológica que, en nuestro campo, no pueden eludir la prueba de la clínica. Y bien, las contribuciones sobre el particular, en este número de la revista, aportan de manera razonada al debate que, de hecho, no se ha limitado a juzgar la inconveniencia de dichas clasificaciones por parecernos que su carácter es sociológico o histórico y no psicoanalítico. Así, en su lugar, y aun admitiendo el riesgo de una generalización abusiva, de lo tratado por los autores se concluye que estas formulaciones tienen valor en cuanto muestran de qué manera el saber clínico —y la *praxis* que le es correlativa— se dejan interrogar por las formas de presentación de los impases que aquejan a los sujetos en la actualidad, en buena medida promovidos por las condiciones cambiantes de las sociedades. Es decir, que las formulaciones en cuestión aportan una lectura del sujeto del lazo social contemporáneo. Pero, ¿se sigue de ello necesariamente que se trate de *nuevos síntomas* o de *nuevas patologías*?, o ¿el asunto en juego es más bien el de los límites de las estructuras lo cual, por lo demás, no es ajeno a la “novedad” que introduce Lacan en la última parte de su enseñanza en relación con la clínica borromea?

Finalmente, las elaboraciones que responden más específicamente a los asuntos del lazo social, apuntan a dar cuenta de las degradaciones a las que nos vemos abocados cotidianamente, todas ellas articuladas a la lógica del discurso capitalista y al ascenso del “hombre libre” por ella requerido, bien sea en el plano de la relación con el semejante, bien en el de los conflictos sociales... Sin acudir a esa suerte de aplicación al lazo social de los caracteres preeminentes de las estructuras clínicas freudianas que autorizan sintagmas tales como “lazo social perverso”, “esquizofrenización” del lazo y su polo opuesto, la “paranoización”, las reflexiones propuestas dan cuenta de fenómenos tales como la valoración de la identidad asentada en las particularidades biológicas —que apoya las prácticas de la biopolítica contemporánea—, del predominio de la sospecha sobre la confianza y de la mentira sobre la verdad, del privilegio otorgado a la “inocencia” sobre la responsabilidad de los propios actos —que se vale para ello peligrosamente de la promoción de los derechos humanos— y, todavía, de la volatilidad de las creencias, de la desorientación con respecto a los horizontes morales, de la elevación al lugar del ideal de quien comete actos de barbarie y de la

supremacía del pensamiento único —que es el piso necesario del totalitarismo en sus variadas versiones, cuyo correlato de violencia ha tomado las dimensiones de horror que conocemos...

SYLVIA DE CASTRO KORGI  
EDITORA



